

LAURA BRAVO

DE LA ARQUITECTURA COMO MATERIA
PRIMA DEL ARTE:

RESEÑA SOBRE *POÉTICAS ARQUITECTÓNICAS
EN EL ARTE CONTEMPORÁNEO 1970–2008* DE
DAVID MORIENTE

La historia de la arquitectura no puede ser narrada al margen de la historia de las artes plásticas, ni tampoco está ajena al contexto de la primera. En un nivel más profundo, si de hibridación se trata, las artes plásticas y la arquitectura han sido proclives a lo largo del tiempo a experimentar una fructífera contaminación recíproca. Pensemos, por ejemplo, en la elocuencia narrativa de las portadas de las catedrales góticas, cuya estructura sirve de marco a las esculturas que componen el programa iconográfico, de innegable propósito didáctico, sobre diferentes episodios de las sagradas escrituras. También en las abigarradas decoraciones rococó, cuyas rocallas y *chinoiserías* parecen fundirse, muy al gusto de las cortes europeas, con las complejas formas de los interiores que ornamentan.

En esta simbiosis con el arte, la arquitectura ha sido también fuente para planteamientos conceptuales en la pintura y en otros medios visuales. La recreación de formas arquitectónicas fue protagonista en el diseño de la convención visual de la perspectiva científica, sistematizada desde el Renacimiento italiano. Más allá de su interés en las formas del pasado, las ruinas de la Antigua Roma, grabadas en el siglo dieciocho por Piranesi o en los óleos de Hubert Robert, simbolizan un lánguido lamento por el ocaso de su pretérita grandeza y una reflexión sobre la caducidad de las glorias.

Traídos al presente, estos intercambios entre disciplinas de distinta naturaleza son los asuntos que componen el libro de David Moriente. En sus páginas, medios como la fotografía, el cine, la escultura, la instalación o el arte conceptual, provocan una reflexión sobre la arquitectura, ya sea enfocada hacia sus formas, sus contextos, sus intenciones, o hacia el espacio que genera o que la circunda. El autor incide también en los cruces entre la arquitectura y otros medios artísticos cuando plantean

un discurso sobre el espacio urbano y sobre la relación que establece el individuo con éste, reflexionando sobre su naturaleza pública y sobre el poder que detenta el Estado al establecer el permiso de su uso y disfrute, es decir, al ejercer la regularización de la presencia de las personas en él.

El análisis que plantea Moriente, en este sentido, genera un alcance amplio y de carácter heterogéneo, puesto que investiga sobre las confluencias entre arte y arquitectura no solo dentro de la galería o de la institución museística, sino también en espacios públicos, naturales o abandonados, así como en escenarios *site-specific*. Consecuencia del complejo contenido que el autor ausculta, la estructura de su libro abarca tanto diferentes propuestas a través de las que distintos medios abrazan la arquitectura como a artistas que, por la relevancia de su producción, representan casos paradigmáticos, tales como Gordon Matta-Clark, Gregor Schneider, Santiago Sierra u Olafur Eliasson.

Resulta revelador que, de entre todas las formas y medios artísticos que están presentes en el libro, sea la fotografía una de las protagonistas más rotundas y que la ficción funcione como uno de los canales más recurrentes para abordar iconográfica y conceptualmente la arquitectura. La fotografía, de hecho, se convirtió, desde los pasados años 80, en un instrumento de investigación omnipresente en el circuito internacional de espacios artísticos, transformando, a su vez y de modo radical, la estética clásica a la que el público estaba acostumbrado. En este sentido, un artista que destaca entre los seleccionados por Moriente es Isidro Blasco, quien a través de unos complejos híbridos entre fotografía, escultura y ensamblaje, recrea tridimensionalmente, en una composición de múltiples planos, los interiores de espacios domésticos cercanos a sus vivencias. La pintura, por su parte, parece asomarse también en la amalgama formal de esas reconstrucciones, puesto que las piezas –que ocupan usualmente todo el área de una sala de exposiciones– se convierten en una suerte de escenario cubista recreado.

La construcción de espacios arquitectónicos ficticios a través de medios plásticos destaca dentro de las exhibiciones contemporáneas. Artistas como Glen Seator recrean la presencia de oficinas en el interior de las galerías, que confunden físicamente a los visitantes y distorsionan su orientación, debido al desconcierto que les provoca la ruptura de sus expectativas al entrar en una sala de arte. Leandro Erlich, por su parte, invita a traspasar puertas y ascensores que no conducen a ninguna parte, puesto que en realidad estos espacios de destino no existen.

De vuelta a la fotografía, pero lejos intencionalmente de la ficción, la mirada taxonómica de los reconocidos Bernd e Hilla Becher documentando la arquitectura industrial alemana, resultó ser una valiosa

semilla para la generación de la llamada Escuela de Dusseldorf. Algunos de los seguidores de la óptica fundada por aquella pareja –como Candida Höffer, Thomas Ruff y Thomas Struth– heredaron la eliminación de la figura humana en sus fotografías de edificios, interiores o exteriores, convirtiendo a la arquitectura en un personaje de sus retratos, personificando sus estructuras y explorando sus formas en relación con sus funciones.

En aquella estela fotográfica, otros creadores visuales dirigen su mirada hacia ciudades fantasma y espacios desolados, ya sean fruto de abandonos reales o de la eliminación de la presencia humana a través de técnicas de edición de imágenes, obteniendo como resultado una belleza plástica que aumenta según crece su grado de ilusión. En este campo, David Moriente no deja de lado el ámbito urbano, planteando el escurridizo límite entre la ciudad real y la ciudad imaginada, la vivida físicamente y la evocada en la memoria. A su vez, la hibridación de estilos arquitectónicos cultural e históricamente incoherentes, pero posibles gracias a la fotografía, genera una sensación de extrañeza en el espectador a un nivel tal que les hace rebelarse ante el letargo crítico de su relación con las obras de arquitectura más reconocidas. Compartiendo algunas de estas intenciones, aunque a través de medios distintos, la pareja formada por Christo y Jeanne-Claude dedica gran parte de su producción a la transformación de paradigmáticos edificios y construcciones al envolverlos en miles de pies de tela. Las formas ocultas, pero insinuadas, de la arquitectura envuelta, su nueva textura, el color y la luz que entonces incide sobre ellas, les acaba convirtiendo en objetos artísticos efímeros.

Poéticas arquitectónicas en el arte contemporáneo es una publicación que hereda el interés y los métodos de publicaciones como *Construcciones ilusorias: Arquitecturas descritas, arquitecturas pintadas*; como *Edificios-cuerpo*; *La arquitectura en el cine*; o *Esculturas margivagantes*, todos de la autoría del historiador de arte Juan Antonio Ramírez. En conjunto, estos títulos comparten una rigurosa investigación, concentrada en diferentes medios artísticos, biológicos incluso, hibridados con la arquitectura.

El libro sugiere también, desde su mismo título, una histórica alusión hacia la comparación entre las artes. El horaciano *Ut pictura poesis* sirvió de arma intelectual en el Renacimiento para los artistas que, en la voluntad de desligarse de la artesanía como oficio, enarbolaban la intelectualidad de la pintura a través de su comparación con la poesía, como señal de nobleza de su profesión. Arquitectura y artes visuales, en la actualidad, se exploran y se hibridan sin distinción de niveles, apostando por la reflexión como ejercicio de conocimiento mutuo y por la riqueza visual como vía de encuentro.